Signos Filosóficos, vol. XXVII, no. 53, January-June, 2025, 114-143

Rome: republicanism and militarism. Titus Livy and Machiavelli

Roberto García Jurado
ORCID.ORG/0000-0002-0733-6805
Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco
Departamento de Política y Cultura
rgarcia@correo.xoc.uam.mx

Abstract: *Machiavelli dealt with the topic of war not only in his book* On the Art of War*, but also in all his other books and several short writings. One of the most important sources of his ideas was the political and military history of the Republic of Rome, which he learned about through various historians, but above all through the* Ab Urbe condita*, by Titus Livy. However, the precepts and conclusions that Machiavelli establishes about the art of war, presumably drawn from the Roman practice of this activity, do not always fit or coincide with the observations of Livy, which is partly due to the idealization of the soldier and the Roman army.*

Keywords: war, army, soldier, weapons, general.

Received: 18/03/2025 **Accepted:** 13/08/2025

Roma: republicanismo y militarismo. Tito Livio y Maquiavelo

Roberto García Jurado
ORCID.ORG/0000-0002-0733-6805
Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco
Departamento de Política y Cultura
rgarcia@correo.xoc.uam.mx

Resumen: Maquiavelo se ocupó del tema de la guerra no sólo en su libro *Del arte de la guerra*, sino también en todos sus otros libros y varios escritos breves. Una de las fuentes más importantes de sus ideas fue la historia política y militar de la república de Roma, la cual conoció a través de varios historiadores, pero sobre todo mediante la *Ab urbe condita*, de Tito Livio. Sin embargo, los preceptos y conclusiones que Maquiavelo establece sobre el arte de la guerra, presumiblemente extraídos de la práctica romana de esta actividad, no siempre embonan o coinciden con las observaciones de Tito Livio, lo cual se debe en parte a la idealización del soldado y del ejército romano.

Palabras clave: guerra, ejército, soldado, armas, general.

Recibido: 18/03/2025 **Aceptado:** 13/08/2025

INTRODUCCIÓN

Ante la mirada contemporánea, quizás una de las cosas que más inquietud susciten al leer *El príncipe* sea la naturalidad con la cual Maquiavelo habla en el Capítulo III de los principados mixtos, es decir, aquellos que incrementan su volumen o tamaño mediante la adquisición de nuevos territorios o dominios, incluidos nuevos súbditos, para lo cual preve la necesidad de acabar con la familia o el linaje del príncipe anterior, recomendando además evitar la ocupación militar, no por cuestiones humanitarias, sino económicas. También es inquietante la mezcla de virtud militar y fortuna que atribuye a César Borgia, en el Capítulo VII, siendo esta familia, y particularmente César, ejemplo de corrupción, perversidad y cinismo, recriminada tanto entonces como ahora. Además, puede decirse algo así de todo el argumento del Capítulo XIV, en el cual hace énfasis en que la primera obligación e interés del príncipe debe ser el arte de la guerra. Es decir, cuestiones comprensibles en términos militares, pero muy polémicas desde una perspectiva social y política más amplia, e incluso cuestionables desde algunos puntos de vista morales.

Tal vez, esta inquietud se despeje, o incremente, al considerar que algunos años después de este libro escribió otro dedicado por completo a las cuestiones militares, llamado *Del arte de la guerra*. Allí se ocupó no sólo de aspectos genéricos y teóricos de esta actividad, sino también de cuestiones muy específicas y técnicas, de las cuales tenía conocimiento debido fundamentalmente a dos razones: la primera, por los años que fungió como segundo secretario de la República de Florencia (1498-1512), donde debía encargarse de los asuntos militares, esto es, del ejército y la guerra;[1] la segunda, también tenía un gran conocimiento de esta materia, pues éste era uno de los aspectos que más le llamaban la atención de las narraciones de los antiguos historiadores romanos, en especial, porque era un atento lector de uno de los manuales militares más importantes de la antigüedad, la *Epitoma rei militaris*, o *Compendio de técnica militar*, como se ha traducido al español, de Flavio Vegecio Renato, texto del

[1] Polibio, uno de los pocos historiadores grecolatinos con gran experiencia militar, decía que quien carecía de experiencia bélica no podía describir bien lo que ocurre en la guerra (Polibio, XII, 25f).

cual se permitió la libertad de tomar una gran cantidad de ideas y postulados para componer su propio libro.

Sin embargo, para Maquiavelo, esta predisposición o inclinación a la guerra no es exclusiva de los principados o gobiernos monárquicos, como podría suponerse a partir de las afirmaciones que hace en *El príncipe*, sino que también es atribuible a los gobiernos republicanos. De esta manera, una atenta lectura de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (de ahora en adelante referido solamente como *Discursos*), el libro que Maquiavelo escribiera para analizar a los gobiernos republicanos, revela que el afán beligerante y expansivo atribuido a los principados también lo encontraba en las repúblicas, de las cuales dice incluso que son mucho más efectivas que aquellos en algunos aspectos militares e imperiales.

Como puede intuirse por el título de este libro, Maquiavelo lo escribió basándose en la obra de Tito Livio, *Ad urbe condita*, que se ha traducido al español en algunos casos como *Historia de Roma desde su fundación*, texto dividido en décadas, es decir, grupos de diez libros, cuya primera década sirvió a Maquiavelo para hacer su análisis, aunque en realidad utiliza varios pasajes de todo el escrito.

El texto de Livio es un libro de historia y el de Maquiavelo uno de análisis político, ello los hace incomparables en cierta medida, pero desde otro punto de vista o perspectiva se puede establecer un vínculo o una conexión muy estrecha entre ambos, indagando específicamente de qué manera algunos de los acontecimientos militares más importantes de la historia de la República de Roma influyeron o determinaron el pensamiento militar de Maquiavelo, con especial atención en la manera en que Livio los seleccionó, interpretó o calificó. A pesar de ser un libro con propósitos esencialmente históricos, la interpretación de Livio es muy particular, como ocurre con cualquier texto de historia, lo cual se pondrá de relieve en este artículo, al comparar su percepción de los hechos con la elaboración teórica de la guerra que hizo Maquiavelo basándose en ello.

EL ESTADO Y LA GUERRA

Antes de analizar este tema en específico, conviene tener presente que a pesar de considerar tradicionalmente que Maquiavelo dedica por entero *El príncipe* al tema de los gobiernos monárquicos y los *Discursos* al de los republicanos,

en realidad no es del todo así, pues, en efecto, aunque en este último libro se ocupa principalmente al gobierno de una república, también se refiere en varias ocasiones, numerosas incluso, a los principados. Más que a una de estas dos formas de gobierno en específico, con frecuencia alude a la naturaleza y función genérica de la autoridad política, al Estado. Para entrar directamente al tema enunciado, el Estado y la guerra, podría partirse de la observación de que en los *Discursos* hay tres cuestiones relevantes referidas a esta materia y de las cuales había hecho mención de un modo u otro Livio: la seguridad como principio de aglutinación social, la unión del Estado y la participación de la ciudadanía en el ejército.

El tema de la seguridad de la sociedad es tan relevante para Maquiavelo que lo considera el motivo principal por el cual se fundan las ciudades, los Estados. A eso dedica el Capítulo 1, del Libro I, de los *Discursos*. En esta obertura, Maquiavelo plantea, siguiendo su característico método dicotómico, que las ciudades se fundan: o por los hombres nativos de un lugar, que se reúnen para hacer frente a las amenazas y agresiones de otros, es decir, para buscar seguridad, como ejemplo de ello menciona la fundación de Atenas y Venecia; o por extranjeros, en cuyo caso hay también dos posibilidades, que los fundadores sean hombres sometidos a otro Estado, como las colonias de un Imperio, o que sean hombres libres. Como ejemplo de estos dos casos pone a Florencia para el primero y a Roma para el segundo, sin que afecte mayormente si se considera a Eneas el fundador de ésta, como hacen algunos, o a Rómulo, como hacen otros, ya que en ambos casos se trataba de hombres libres (Maquiavelo, 2005: 29-33).

Esta distinción no es meramente anecdótica o incidental, pues Maquiavelo dice que las ciudades creadas como colonias, siendo el caso de Florencia, fundada bajo por el Imperio romano, no hacen grandes progresos, mientras que las establecidas por hombres libres, como la propia Roma, sí lo hacen.

Como ha dado cuenta detallada de ello Hans Baron, Maquiavelo participa aquí en un debate muy apasionado originado fundamentalmente con Dante, el cual continuó de manera intensa con los humanistas florentinos de los siglos XIV y XV, en particular con Leonardo Bruni, aunque participaron muchos otros. Bruni rebatía que Florencia hubiera sido fundada por César, según la idea de Dante, es decir, como colonia de un gobierno tiránico, contraargumentando que se había fundado antes, en tiempos de la República romana, es

decir, germinada con los mejores impulsos y valores de la libertad republicana (Baron, 1966; Najemy, 1996; Skinner, 1993).

Tal vez Maquiavelo estuvo plenamente consciente de este debate, ya que si bien considera en ese capítulo que Florencia había sido fundada en tiempos del Imperio romano, en la *Historia de Florencia* corrige en alguna medida este aserto, y plantea que su fundación se realizó de manera más gradual y diversa. Partió de un impulso inicial por los pobladores ahí asentados, es decir, ciudadanos libres, potenciando su crecimiento con los colonos enviados por Sila y los primeros emperadores romanos, con lo cual daba a la fundación de la ciudad una naturaleza híbrida, más acorde con su percepción de la naturaleza republicana de la sociedad florentina (Maquiavelo, 2009: 79-82).

Más allá de este debate renacentista, volviendo al punto central de este tema, lo más importante a destacar es que Maquiavelo plantea que "los hombres no pueden garantizar su seguridad sino con el poder", es decir, sin la creación de instituciones y autoridades que establezcan una estructura de poder, un Estado, es imposible pensar en un orden civil efectivo. Más aún en el caso de Roma, que no se fundó como colonia, sino como ciudad libre, la seguridad se fundió con la libertad, sentando estos dos pilares como los principales apoyos y motivos de la ciudad (Maquiavelo, 2005: 31, 33).[2]

Con respecto a la unidad del Estado, como muchos otros pensadores políticos, Maquiavelo consideraba que esta unión era fundamental para su supervivencia y defensa, también reconocía la paradoja de que lo que provoca desunión en la república es el odio y la paz, mientras el miedo y la guerra producen la unión. Esta premisa, fundamental en Maquiavelo, le llevaba a recomendar no atacar a una república cuando atraviesa por una etapa de gran encono y confrontación, pues esto conduciría a su unificación y fortalecimiento, sino que aconsejaba dejar que esa discordia interna la debilitara y desgastara lo más posible, esperando el momento más oportuno para atacarla y dominarla (2005: 281).

Para continuar con la paradoja, Maquiavelo consideraba que si bien la desunión de Roma la debilitaba frente al exterior, la fortalecía en el interior.

[2] Maquiavelo reafirma la importancia de la seguridad personal y patrimonial de los pobladores de un Estado en el pasaje ya citado de la *Historia de Florencia* (2009: 79).

Para él, las intensas y perennes disputas entre el pueblo y el senado la hacía aparentar vulnerabilidad frente a sus enemigos, pero en el plano interno esta confrontación propiciaba la libertad e impedía que un bando se sobrepusiera a otro, generando un ambiente de pluralidad y tolerancia que redundaba en mayor libertad, una interpretación discordante y revolucionaria en su tiempo (Maquiavelo, 2005: 41-43; Pedullá, 2021; Viroli, 2013; Carty, 2016: 119, 124).

Por último, respecto a la participación de la ciudadanía en el ejército, de acuerdo con Maquiavelo, éste es el factor que le da más fuerza al Estado. Esta premisa no sólo la expresa en este libro, sino prácticamente en todos sus libros, y en varios escritos breves. Su convicción al respecto llega a tal grado que califica de "príncipes ociosos" o "repúblicas afeminadas" a los Estados carentes de ejércitos propios (2005: 351).

En este sentido, saliendo al paso de querellas antiguas, que disputaban quiénes eran los mejores soldados, si los lacedemonios, los romanos o los macedonios; y querellas modernas, acerca de si los mejores eran los suizos, los alemanes o los españoles, Maquiavelo resolvía la cuestión afirmando que cualquier individuo podía ser un buen soldado, siempre y cuando recibiera la preparación adecuada y entrenamiento, una tarea y obligación que no sólo incumbía a él mismo, sino que también era una responsabilidad que recaía directamente en el gobernante, ya fuera un príncipe o los magistrados de una república (2005: 95-96).

Sin embargo, se advierte aquí lo que podría considerarse una inconsistencia, pues Maquiavelo afirma que los mejores soldados son los ciudadanos libres, los miembros de una república, quienes luchan no sólo por su libertad, sino también por su propia gloria (2005: 143, 377). Entonces, cabe reparar en que tal vez los súbditos de un príncipe no sean tan buenos soldados, porque no son libres, y que quizá ni el entrenamiento más estricto ni el príncipe más dedicado pueda hacer de ellos buenos soldados (Pocock, 2002: 283-294; Colish, 1998; Clarke, 2013: 317).[3] Más allá de este matiz, una premisa muy importante para Maquiavelo, en esta materia, es que todo Estado debe con-

[3] Polibio lo observaba también: "las tropas de la democracia superan en coraje a los súbditos de un tirano […] unos luchan libremente, los otros esclavizados" (ix.13).

tar con un ejército propio compuesto por sus ciudadanos, bien entrenado, organizado y plenamente confiable.

Tito Livio, como lo había hecho Dionisio de Halicarnaso y presumiblemente Fabio Pictor, atribuye el antecedente más remoto de la fundación de Roma a Eneas, quien, conduciendo al contingente que pudo escapar de la toma de Troya, realizó todo un peregrinaje que lo llevó a ocupar las tierras del Laurentino, en las proximidades del Tíber (Livio, I.1). En su huida de Troya y su recorrido por el centro de Italia, Eneas buscaba un territorio en el cual pudiera dar asiento, estabilidad y seguridad a todos los troyanos que habían escapado con él. Para establecerse ahí, se enfrentaron al rey Latino, gobernante del pueblo que se adscribía esa tierra, con el cual terminaron por aliarse y asociarse estableciendo una sola comunidad.

Ese fue el antecedente más remoto del asentamiento que dio origen a los romanos, aunque la tradición asume que el padre fundacional de la ciudad de Roma fue Rómulo, quien sentó sus bases políticas, sociales y religiosas, con el fin de dar mayor certeza y seguridad a sus pobladores (Livio, I.7).[4]

Con respecto a la unión del Estado, Livio da cuenta de lo dañina que se consideraba la desunión y discordia al interior de la sociedad romana, la cual se mostró desde los primeros años y se mantuvo durante toda la vida republicana (Livio, III.42). También refiere cómo el mismo Aníbal, la mayor amenaza y desafío para la República romana cuando ésta se encontraba en pleno ascenso militar y expansivo, pronuncia un emotivo discurso donde menciona cómo los romanos tenían bien aprendido que un Estado grande no

[4] Aunque Maquiavelo considera un hombre libre a Rómulo, quien fundó la ciudad, sugiriendo que ese espíritu libre se transmitió a ella, Livio señala que la disputa de Rómulo con su hermano Remo estaba guiada por "un mal ancestral: la ambición de poder", es decir, no había tanto espíritu de libertad en el origen de la ciudad (Livio, I.6.4). Más aún, apenas se libro de su hermano, Rómulo se hizo preceder de doce lictores, los portadores de las emblemáticas fasces, las varas y el hacha, símbolos de la autoridad coactiva del Estado (Livio, I.8.2; Southern, 2007: 50; Armstrong, 2016: 94). Dionisio de Halicarnaso menciona que, además de estos doce lictores, lo protegía a toda hora y en todo lugar una guardia de 300 jóvenes, llamados céleres; la cual fue disuelta en cuanto Numa asumió el trono, según Plutarco (Dionisio, II.13, 29; Plutarco, *Vidas paralelas*, *Numa*, VII).

puede estar tranquilo, y que si no tiene enemigos externos, espontáneamente surgen internos, una diatriba que si bien se refiere de manera directa a los romanos, también alude a la desunión y discordia que había al interior de la misma República de Cartago (Livio, III.44). Asimismo, Livio relata cómo los permanentes desafíos y asechanzas externas propiciaban que los romanos guardaran siempre una estricta disciplina militar, que se sobreponía incluso a las animadversiones más acerbas, conteniendo los ánimos y enconos que amenazaban incluso con llegar a una guerra civil (Livio, IV.9; XXXIX.1, 6; Polibio, IX.3). Por otro lado, Livio no veía ninguna ventaja en la desunión de la sociedad romana, ni siquiera en términos internos, y mucho menos en la disputa entre el pueblo y el senado, como interpretaba Maquiavelo (Kapust, 2011: 81, 90).[5]

Por último, respecto a la participación de la ciudadanía en el ejército, no puede haber posición más contrastante entre ambos autores. Livio da cuenta de cómo, desde la fundación de la ciudad, el servicio militar que debían prestar los romanos era visto como un derecho y una obligación opresiva. Sin embargo, este derecho impuesto con la reforma militar de Servio Tulio, tercer rey de Roma (578-534 a. C.), otorgaba evidentes privilegios a las clases más acaudaladas, dándoles preeminencia militar y electoral, relegando a los sectores empobrecidos a una posición militar y política marginal (Livio, I.43; Dionisio, V.67.5; Salustio, *Guerra*, XLI; Goldsworthy, 2012: 220; Campbell, 2002: 32; Armstrong, 2016: 74). De esta manera, muy probablemente desde el mismo inicio de la ciudad, el reparto del botín y de la tierra conquistada

[5] Como casi todos los pensadores políticos de la antigüedad, y hasta la época de Maquiavelo, Livio consideraba perniciosa la división y confrontación social. Plutarco refiere cómo el lúcido Numa comprendía la importancia de fomentar la pluralidad y tolerancia del pueblo para evitar la formación de partidos y su polarización, pero, en realidad, hubo muy pocos gobernantes o pensadores de la antigüedad partidarios de la pluralidad y divergencia. Uno de estos fue Filóstrato, quien ponía en boca de Apolonio de Tiana lo siguiente: "la ciudad que va a administrarse rectamente requiere una concordia en disensión" (Plutarco, *Vidas paralelas*, *Numa*, XVI-XVII; Filóstrato, IV.8).

le correspondió de manera preferente al patriciado, lo cual continuó durante la república, al grado de que los plebeyos percibieron siempre que los costos y recompensas de la guerra eran desiguales, considerando al servicio militar más una carga que un derecho o privilegio (Livio, II. 23, 24, 32, 55; Dionisio, VIII.72; Harmand, 1986: 118; Campbell, 2002: 2). Es decir, si el lector de Maquiavelo se hace una idea del ejército y el sodado romano como de una figura heroica, patriótica y virtuosa, no encontrará en Livio un recuento uniforme y consistente de tales rasgos, sino una percepción más pedestre, divergente y, en general, contrastante.

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA GUERRA

Maquiavelo confiere una gran importancia a los aspectos económicos de la guerra, a raíz de varios pasajes en sus escritos podría pensarse que concibe a la guerra más como una empresa económica que política. En su tratamiento de los diversos aspectos sobre el tema se distinguen tres cuestiones principales: los beneficios económicos directos de la guerra, la repercusión del gasto militar en el erario público y el costo de las campañas militares.

Para Maquiavelo, el principal objetivo de la guerra es el enriquecimiento del vencedor. Más que un propósito imperial o heroico, la guerra debía tener como fin traer riqueza y beneficios al país. Una de las críticas más importantes hacia a sus contemporáneos era que las guerras llevadas a cabo empobrecían tanto al vencedor como al vencido (2005: 211; 2000: 136).

Sólo en esta lógica puede entenderse que no le confiriera una importancia absoluta a la incorporación de nuevos territorios al Estado vencedor, sino que estas ampliaciones debían estar condicionadas a no representar un gasto adicional, es decir, que la conquista y la expansión no fueran onerosas. Esa es una de las muchas razones por las que admiraba la economía de guerra de los romanos, quienes en lugar de financiar enormes y costosos ejércitos de ocupación, establecían colonias, las cuales no sólo eran autofinanciables, sino que también extendían y afianzaban su dominación política, social y cultural. Además, retomaba y asumía por completo la justificación de los romanos para incorporar a otros pueblos, declarando que no incorporaban súbditos, sino

compañeros, conciudadanos incluso, quienes debido a ello no percibirían motivo ni razón para rebelarse (Maquiavelo, 2005: 203-208, 254-257).[6]

Un objetivo derivado del anterior era que la guerra sirviera para enriquecer al erario público y no tanto al particular. De hecho, en general, Maquiavelo era partidario de que las repúblicas bien ordenadas se caracterizaran por esta asimetría; un Estado fuera rico, con abundantes recursos y una ciudadanía pobre. A partir de ello, le parecía natural y obligado emprender una guerra donde el mayor beneficio fuera para las arcas públicas (2005: 127, 212, 255, 393).

De la misma manera, Maquiavelo encomiaba a los romanos por tratar de reducir siempre el costo de las campañas militares. Con ese fin procuraban no tener dos grandes guerras simultáneas, cuya motivación principal era estratégica, ciertamente, pero también económica, pues un esfuerzo de tales dimensiones podía distorsionar de manera seria la estructura social y productiva del Estado, lo que repercutía en mayores costos y pérdidas económicas. En el mismo sentido, trataban de que las guerras no se prolongaran demasiado, sino que fueran lo más cortas posibles, señalando que hasta el asedio de Veyes, que duró diez años, las guerras duraban entre seis y viente días. Por último, también planteaba que los romanos procuraban no realizar asedios, pues los recursos humanos y materiales que requieren, así como su larga duración, los hacen muy costosos (Maquiavelo, 2005: 211, 298, 301).

Livio no hace muchas referencias al motivo de las guerras que emprendieron los romanos, más aún, no parece atribuirles una intencionalidad económica, tendiente al enriquecimiento del país. Para Livio, la guerra parece ser una condición natural de los pueblos que entonces habitaban el Lacio, Italia e, incluso, toda la cuenca del Mediterráneo.[7] De hecho, la primera guerra de la

6 Tácito cuenta cómo en la campaña de Armenia los romanos prefirieron destruir y arrasar Artáxata debido a que la única manera de conservarla habría requerido mantener una abultada y costosa guarnición (*Anales*, VIII.41).

7 Livio pone en boca de Gayo Poncio, general de los samnitas, en guerra contra los romanos, la siguiente frase "La guerra, samnitas, es justa cuando es una necesidad, y las armas legítimas para aquellos a los que no se les deja más esperanza que las armas" (Livio, IX.1). Dionisio de Halicarnaso también pone en boca del rey Tulio la siguiente consigna "declaro

que da cuenta, la emprendida contra los sabinos, fue motivada por la necesidad de mujeres que tenían los romanos, pues al parecer no había suficientes dentro de la ciudad, así que las robaron a sus vecinos, una práctica bastante común en las sociedades de la época, donde una parte muy importante del botín de guerra eran los seres humanos, usados o vendidos como esclavos, y en el caso de mujeres, utilizadas incluso como esposas o concubinas (Livio, I.9; VIII.37; XXI.13).[8]

No obstante, aunque para Livio la guerra fuera algo natural y espontáneo, no todos los pueblos ni autores lo veían de la misma manera. Por ejemplo, Polibio señala que los romanos utilizaban la violencia para todo, creyendo que podían valerse de cualquier medio para conseguir sus propósitos, esto era una forma de denunciar su carácter violento. En una observación que podría caracterizar una diferencia sustancial en términos civilizatorios, Salustio decía que mientras los griegos eran hombres de ideas, los romanos eran hombres de acción (Polibio, I.37, X.15; Salustio, *Conjuración*, 8; Harris, 1989: 15; Campbell, 2002: 23).[9]

Sin embargo, aunque Livio no menciona la riqueza como motivación explícita de la guerra, sí se percata que las guerras le habían traído muchos beneficios a la ciudad, así, desde los primeros años de la república, los etruscos reconocían que Roma era ya un Estado opulento, capaz de durar una eternidad, si no fuera por sus incisivas y permanentes divisiones internas (Livio, II.44). Del mismo modo, ya hacia el final del texto, Livio da cuenta de cómo en el

a los albanos una guerra necesaria y justa" (Dionisio, III.3.6). Expresiones que parecen condensar la actitud hacia la guerra de toda una época y civilización. Además, no sólo Livio y muchos otros autores romanos consideraban que la paz debilitaba a la sociedad y fomentaba el ocio y la indolencia (Tácito, *Agrícola*, XI.4), sino que el mismo Maquiavelo partía de una consideración similar.

8 Precisamente, la *cólera de Aquiles*, con la que da inicio la *Iliada*, se genera por un conflicto de este tipo, cuando Agamenón desposja a Aquiles de Briseida, la cual era parte del botín que ya se le había entregado.

9 El mismo Julio César reconoce la crueldad sanguinaria del ejército romano, comentando cómo en la toma de Avárico no se perdonó a mujeres, niños ni ancianos, y de 40 000 habitantes, apenas se salvaron 800 (*Guerra de las Galias*, VII.28).

año 168 a. C. se realizaron juegos circenses con un despliegue ostentoso y espectacular, donde se mostraron 63 panteras y 40 osos y elefantes, lo cual da una idea del grado de extracción de bienes y riqueza que ejercían sobre otras tierras (Livio, xxxix.6; xliv.18; Dionisio, x.33).[10]

De igual manera, las colonias fundadas por los romanos en los territorios y ciudades conquistadas no sólo fueron producto de una estrategia militar, sino también un medio para aliviar la creciente presión demográfica. Debido al aumento de la población, la lucha por la tierra siempre fue un factor de grave conflicto dentro de la sociedad romana, por lo que la incorporación de nuevos territorios alivió en alguna medida esta presión, pero no se resolvió del todo, pues los plebeyos acusaron siempre a los patricios de tomar la mayor parte de las tierras conquistadas (Livio, x.6; xxxi.4, 49; Dionisio, ii.16; Harris, 1989: 40-52).

Por lo que se refiere a la repercusión del gasto militar en el erario público, Livio da cuenta de cómo siempre fue este un factor problemático y complejo, pues desde que el Senado decretó el otorgamiento de un salario a los soldados en el 406 a. C. pagado a expensas del Estado, se introdujo todo un parteaguas en la historia militar y política de Roma, pues hasta ese momento los soldados habían sufragado por sí mismos su existencia en tiempos de guerra, por lo que tal decreto produjo un gran regocijo entre los plebeyos (Armstrong, 2016: 211; Roth, 1999: 224-232; Gilliver, 2007: 3; Watson, 1958).

Ciertamente había un remoto antecedente de financiamiento público para la guerra, cuando Servio Tulio, el sexto rey de Roma, propuso su trascendental reforma militar, que incluía la adquisición de caballos a cargo del Estado. Sin embargo, en esa ocasión, no pareció haber reacción o inconformidad alguna, pero ahora era distinto, en plena convivencia republicana, el alcance de la medida y su coste parecían mucho más significativos. Los tribunos de la plebe fueron los únicos que no compartieron el regocijo popular, pues consideraban obvio

[10] Roma no sólo obtuvo como botín de las múltiples guerras que emprendió riquezas materiales, sino que también se apropió de muchos tesoros artísticos y culturales, cuyo ejemplo paradigmático es el obtenido de las ciudades griegas de Siracusa y Tarento, cuya abundancia y excelencia refieren con admiración varios historiadores (Livio, xxv.31, 40, xxvii.16; Polibio, ix.10).

que para realizar tal erogación iba a ser necesario el pago de un impuesto. En efecto, se creó y decretó dicho impuesto, pero los senadores y los patricios en su conjunto fueron los primeros en aportar su contribución, sorprendiendo nuevamente a toda la sociedad, pues no sólo habían ideado la propuesta del sueldo para los soldados por sí mismos, sin que antecediera reclamo popular o exigencia por parte de los tribunos, sino que ahora eran los primeros en aportar el impuesto, lo cual suscitó que los plebeyos también lo hicieran, concretando así un cambio de enorme relevancia histórica (Livio, I, 42-43; IV.59-60; Dionisio, VI.13).[11]

En este sentido, en tanto los romanos expandieron su territorio, sus dominios y los Estados o provincias sometidas, los impuestos internos para financiar el gasto militar fueron disminuyendo, pues los tributos obtenidos por esas fuentes los suplieron, al grado de dejar de ser necesarios y suprimirse por completo en el 167 a. C., al menos por una época, como Tácito cuenta, después de las guerras civiles se decretó un impuesto del uno por ciento sobre todo lo que se vendiera, cuya recaudación se destinaba de manera directa al pago de la abultada nómina militar (*Anales*, I.78; Roth, 1999: 224-232; Southern, 2007: 72-73). Según Dionisio, en algún momento, Italia parecía una tierra idílica, pues era completamente autosuficiente, sin embargo, con su crecimiento, expansión y extracción de tributos de todo tipo, su estructura productiva se descuidó y distorsionó por completo, perdiendo la autosuficiencia que alguna vez tuvo. Por esta razón comenzó a depender cada vez más de la producción exterior para satisfacer sus necesidades de productos básicos, lo cual propició la ampliación y recurrencia de la acuñación de moneda, no

[11] Livio cuenta cómo apenas aprobado el salario de los soldados, y el impuesto correspondiente para sufragarlo, se formó un ejército compuesto casi en su totalidad por voluntarios para emprender la guerra contra Veyas. Por supuesto, sin coincidencia alguna, ésta fue la primera gran campaña de larga duración que emprendieron los romanos, pues el asedio duró diez años. Además, tan solo tres años después de esto, en el 403 a. C., se ordenó continuar las operaciones militares durante el invierno y construir un campamento con este fin, cosa también inédita, pues hasta entonces las campañas militares se realizaban sólo en primavera, cuando podía distraerse a los agricultores y artesanos por unas cuantas semanas sin perturbar gravemente su actividad productiva (IV.60; V.2).

sólo para dar paso a una economía de cambio en ascenso, sino también para posibilitar el pago de la abultada, dispersa y muchas veces lejana nómina militar (Dionisio, I.36; Julio César, *Guerra civil*, II.18; Tácito, *Anales*, III.54; Roth, 1999: 227-242; Southern, 2007: 70).

Finalmente, a pesar de que los romanos trataron de reducir siempre el costo de sus campañas militares, no puede decirse que encontraron una manera definitiva o infalible para hacerlo, lo cual, si ya era un problema serio durante la fase final de la república, en tiempos del imperio se manifestó con mayor gravedad (Tácito, *Historias*, II.69; IV.9; Ferrill, 2012). De un modo u otro, una parte importante de los botines de guerra iban a parar al erario público, pero también otra parte nada despreciable iba a manos de los senadores, generales y el conjunto de soldados que habían participado en cada batalla. Así, a pesar de que Livio señala a los etolios y a otros bárbaros como pueblos belicosos, pues sobrevivían gracias al botín conseguido en las guerras que emprendían, casi con ese único y específico fin, en realidad, los romanos también se valieron de este incentivo para enriquecerse y atraer o mantener a los soldados en su ejército. Más aún, en repetidas ocasiones, el apetito de botín permitió convocar a una gran cantidad de voluntarios y veteranos a determinadas campañas militares (Livio, X.30; XXXIII.11; Dionisio, II.28, VI.17; Polibio, IV.3; Julio César, *Guerra de las Galias*, VI.23).[12]

Por otro lado, tampoco puede pasarse por alto que el reparto del botín no dejaba del todo satisfechos a los miembros del ejército, después de las guerras púnicas se institucionalizó el pago de las recompensas para los soldados al ganar una batalla o una guerra, estableciendo que la infantería debía recibir

[12] Los romanos ejercieron la rapiña y el despojo no sólo como ejército, sino también individualmente. Apiano refiere cómo el cónsul Lúculo atacó a una tribu de los celtiberos por pura vanidad, en busca de botín y enriquecimiento personal, lo cual repitió Galba contra los lusitanos, agregando una crueldad desmedida a su avaricia (*Guerras*, 51, 60). Como cuenta Tácito, la descomposición social producida por las guerras civiles del siglo I se manifestó de manera dramática y repugnante en el saqueo de Cremona, donde ni los mismos habitantes del imperio se libraron del apetito de botín y de la lujuria de una soldadesca completamente corrompida (*Historias*, III; Armstrong, 2016: 99).

una cantidad determinada, los centuriones el doble y los caballeros el triple, lo cual nunca satisfizo a los miembros de la plebe, origen del grueso de la infantería. La inconformidad crecía conforme se elevaba la mirada a la cúspide de la escala social, los plebeyos siempre acusaron a los patricios y a los senadores de quedarse con la mayor parte del beneficio obtenido en las guerras (Livio, IV.46; V.20-22; VII.59; XXX.52; Dionisio, VII.77; Polibio, VI.39).

De la misma manera, un mecanismo de financiamiento muy socorrido fue la exigencia de fondos a los Estados o territorios en los cuales se estaba combatiendo, en reiteradas ocasiones se les impuso a quienes pedían una tregua o aceptaban su derrota el pago del sueldo de los soldados por un determinado periodo, o bien la aportación de ciertos bienes, como ropa o alimentos (Livio, V.32; VIII.11; IX.41, 43; X.43). A pesar de la fuerza y potencia de la oligarquía romana, también se tuvo que echar mano del financiamiento directo exigido a las grandes fortunas, o incluso de empréstitos forzosos en determinadas circunstancias (Livio, XXIV.11; XXXI.13; XXXIII.42; Dionisio, V.47; Tácito, *Historias*, IV.47).

Esto permite corroborar que el costo y financiamiento de la guerra no era algo resuelto entre los romanos, como sugiere Maquiavelo. Aunque él no pone tanta atención en los dos últimos siglos de historia del imperio, ya cuando su deterioro y decadencia eran evidentes, salvo cuando dice que en el caso de un Estado supuestamente fuerte tenga "vecinos, aunque sean inferiores a él, obtengan de él dinero, entonces está mostrando un signo de patente debilidad", quizá se refiera a casos como el tratado de paz que firmó Teodosio con los godos en el 382, para que guardaran y garantizaran las fronteras, pero en realidad aceptando condiciones muy costosas, casi humillantes (Maquiavelo, 2005: 293; Jordanes, XXVII.140; Ferrill, 2012).

LA CONDUCCIÓN Y EL MANDO MILITAR

Maquiavelo le concedía una gran importancia al factor humano, tanto en la guerra como en la política. El connotado énfasis que hizo en todos sus escritos al tratar el tema de la virtud en los seres humanos puede ofrecerse como prueba de ello, un énfasis y atención equiparables con muy pocos ejemplos, tanto en su época como en la antigüedad. En consonancia con ello, le otorga una gran importancia a la acción personal y de conjunto desempeñada por

el ejército romano, destacando sus enormes méritos y virtudes, expresando claramente su desacuerdo con Plutarco y Tito Livio, quienes, según su interpretación, atribuían en gran medida su éxito militar más a la fortuna que a la virtud (2005: 191).

En efecto, Maquiavelo concedía una gran importancia al valor, virtud y mérito personal, tanto de los soldados como de los generales. El ciudadano-soldado constituye prácticamente una figura heroica en su teoría del republicanismo, atribuyendo una consideración similar a la de los buenos generales. Más aún, la necesidad y conveniencia del liderazgo de los generales en la vida militar se reproduce paralelamente en la vida civil, donde el despunte y participación de los ciudadanos ilustres es una condición y efecto necesario de la vida republicana (Southern, 2007: 76; Richardson, 2014: 18; Clarke, 2013: 318).

En este aspecto, se produce una de las muchas paradojas del pensamiento de Maquiavelo, pues si bien parte de que una de las características del gobierno republicano es permitir y alentar la virtud de sus ciudadanos, y así fomentar su presteza y animosidad para sobreponerse a cualquier adversidad natural o social, uno de los principales riesgos y amenazas para el mantenimiento de una república es que algún ciudadano sobresalga desproporcionadamente, al grado que considere ese protagonismo como justificación o excusa para adquirir preeminencia política y convertirse en señor del Estado, transformando la forma de gobierno en un principado. Por ello, la república es una forma de gobierno cuyas contenciones y equilibrios entre sus ciudadanos no siempre están a salvo (Maquiavelo, 2005: 362, 399, 405).

En múltiples pasajes, Maquiavelo exalta la función de los generales en el ejército. Considera que a ellos corresponde guiarlo, imbuir valor a los soldados, animarlos en las batallas, transmitirles renombre con su propia fama, e imponerles orden y disciplina. Más aún, observa que la reunión y organización de un ejército no es algo producido espontáneamente, pues da por sentado que una aglomeración o multitud de ciudadanos en armas y enardecidos no es un ejército, pues para constituirlo hace falta una meticulosa tarea de preparación, adiestramiento y organización. Esta ardua y difícil tarea corresponde a los grandes generales, cuyo logro constituye uno de sus mayores méritos, pues si un general es digno de fama y gloria al ganar una batalla, lo es más cuando para ganarla se tomara primero la tarea de crear al ejército (Maquiavelo, 2005: 363-369, 425; 2000: 168, 196). Además, los generales deben conocer

al enemigo, prever sus posibles acciones y anticiparlas, para ello deben prestar atención tanto a sus intenciones como a sus acciones, presentes y lejanas, para establecer un carácter y patrón de conducta (Maquiavelo, 2005: 373).[13]

Sin embargo, Maquiavelo afirma rotundamente que la contribución a la república de los ciudadanos ilustres y de los grandes generales debe ser una función pública, es decir, cuando ejercen una magistratura o un cargo público encomendado de manera expresa por la comunidad, no una función realizada desde posiciones particulares con fines y metas privadas o personales.[14] Por ello menciona y reconoce la labor de Cincinato, quien no sólo triunfó en la batalla militar que la república le encomendó, sino que además, una vez cumplida esa tarea, una encomienda pública, abandonó el protagonismo y las prerrogativas de que pudo haber disfrutado para volver no solo a su habitual labor de agricultor, sino también a una discreta y mesurada vida privada (Maquiavelo, 2005: 399; 2000: 18). Por esa misma razón, alaba a Escipión, quien tuvo la determinación de retirarse a la vida privada, a pesar del acoso y persecución por parte de sus enemigos; por el contrario, reprueba absolutamente la conducta de César, quien no sólo prolongó y corrompió las magistraturas que ejerció, sino que además distorsionó el conjunto de las instituciones políticas romanas con el único fin de satisfacer sus apetitos personales (Maquiavelo, 2005: 65, 380, 390; 2000: 18).

No obstante, a pesar de todos los riesgos que implica la exaltación y proyección pública de algunos ciudadanos, ya sea como magistrados civiles o como generales, su contribución es imprescindible, pues sólo bajo su liderazgo las

13 Al comienzo de la biografía de Alejandro, Plutarco hace una observación perspicaz y reveladora, pues plantea que el carácter de un general se conoce mejor por detalles, como una palabra o una broma, que por sus grandes decisiones (*Alejandro*, I). Polibio es igualmente enfático en esta valoración "si alguien cree que en el arte de la guerra hay algo más importante que conocer las preferencias y carácter del general enemigo, es un ignorante" (III.81).

14 En Roma se diseñó toda una ruta curricular y meritocrática, el *cursus honorum*, para ocupar cargos públicos. Uno de los requisitos para acceder a dichos cargos era el de ser padre, lo que propició en algún momento adopciones simuladas (Tácito, *Anales*, XV.19; Goldsworthy, 2012: 210).

repúblicas se mantienen y prosperan. A pesar de que Maquiavelo reconoce la habilidad militar de Aníbal, por ejemplo, considera que los romanos y Europa producían más hombres de valía, y más generales destacados, que Asia y África, donde predominaban las monarquías, una forma de gobierno que no sólo inhibe el desarrollo de grandes personalidades públicas, sino que también les teme cuando llegan a surgir, en lugar de acogerlas animosamente (Maquiavelo, 2005: 75, 354; 2000: 75-77).[15]

Livio también le concede una gran importancia al factor humano en el desarrollo de la guerra. Más aún, a pesar de la interpretación y opinión de Maquiavelo, no podría decirse que Livio le atribuyera más peso a la fortuna que a la virtud y la disciplina militar de los romanos (Balmaceda, 2017: 92).[16]

En su narración, Livio destaca y pondera el valor y mérito de los generales romanos, sin embargo, no parece exaltar mucho o hacer una mención especial de los soldados, como sí lo hace con los primeros, a los cuales explícitamente considera el nervio del ejército, la verdadera fuerza de Roma, pues él, como muchos otros historiadores romanos, tenía una perspectiva hasta cierto punto aristocrática de la guerra y de la sociedad (Livio, II.39; Dionisio, VI.64; Polibio, XI.14; Tácito, *Historias*, III.19; Harris, 1989: 101). Para Livio, la grandeza de los generales romanos podía compararse sin demérito alguno con el mismo Alejandro Magno, siendo varios los ejemplos que utiliza para justificar su opinión, como Valerio Corvo, Marcio Rútulo, Manlio Torcuato, Papirio Cursor, Fabio Máximo, entre otros (Livio, IX.17).

No obstante, en este mismo pasaje, Livio destaca que una ventaja indiscutible de los romanos era su genialidad militar como una virtud ciudadana,

15 Maquiavelo, así como otros autores republicanos renacentistas y de la antigüedad, asocia la vida republicana con el surgimiento y desarrollo de hombres ilustres, incluidos los que destacan en las actividades militares, lo cual no ocurre en las monarquías, como ilustra la época del imperio en Roma, cuando cambiaron estas circunstancias y, como dice Lendon, "Tras Augusto, los emperadores temieron a los generales victoriosos, y los generales victoriosos temieron ser victoriosos" (2011: 223).

16 Uno de los pasajes más explícitos en este sentido es el siguiente: "No obstante, como suele ocurrir en la guerra, el valor de los soldados fue el factor más decisivo, pues los romanos rompieron por el centro el frente enemigo" (Livio, XXXVII.30, véase también I.15).

pues desde la misma fundación de Roma se adoptó una disciplina militar convertida y transmitida en todo un arte de manera ininterrumpida. Más aún, la idea de ciudadanía romana, así como de los derechos civiles y políticos que conllevaba, fue aparejada con la obligación del servicio militar, el cual se convirtió en una condición para ejercer los cargos públicos.[17]

A pesar de su reiterado reconocimiento a los generales, no podría decirse que Livio despreciara la función del soldado, aunque sí trató de dejar en claro que las habilidades de un general eran especiales, no era lo mismo formar a un buen soldado que a un buen general (Livio, xxv.19). Su ponderación por los buenos generales lo lleva a reconocer las dotes y calidad como general del rey Tarquinio, a pesar de su mal gobierno, su degradación moral y su deriva tiránica, lo cual anularía cualquier otro mérito o valoración positiva, como quizá lo hubiera juzgado Maquiavelo (Livio, i.53).

INFANTERÍA, CABALLERÍA Y TECNOLOGÍA

Una de las características más distintivas del pensamiento político-militar de Maquiavelo es su postulado de que la infantería debe ser la rama o el sector más importante del ejército, motivado por tres razones principales. La primera es la transformación militar gestada a finales de la Edad Media, durante los siglos xiv y xv, cuando los ejércitos basados en la infantería comenzaron a lograr victorias relevantes sobre los basados en la caballería, lo cual significó toda una revolución, pues durante los mil años anteriores los héroes, las batallas y los hechos de armas relevantes habían estado protagonizados por la caballería (Maquiavelo, 2009: 70; Taylor, 2012; Ayton, 2005). En segundo lugar, como se ha dicho ya, la caballería era la rama militar preferida por los mercenarios, quienes durante los siglos xiv y xv se pusieron al servicio de casi todos los Estados italianos, logrando no sólo imponer sus condiciones, sino incluso desplazando y sustituyendo a sus contratantes (Maquiavelo, 2005: 25; 2010: 95-101; Mallett, 2009; Ancona, 1973). En tercer lugar, darle relevancia y centralidad a la infantería implicaba también brindar notoriedad

[17] Polibio menciona que debía prestarse un servicio militar de diez años para acceder a ellos (vi.19; Harris, 1989: 11).

y protagonismo al sector más numeroso y menos acaudalado de la sociedad, con lo cual Maquiavelo reafirmaba sus argumentos en favor del componente popular y democrático de su acendrado republicanismo (Maquiavelo, 2005: 246-254; 2010: 100; 2000: 20, 49, 79, 194; McCormick, 2001).

La infantería encarnaba también una de las mayores aportaciones romanas al arte de la guerra, su formación en la batalla. Livio, Polibio, César, Tácito, Vegecio y varios escritores de la antigüedad señalaban que uno de los defectos o debilidades más importantes de la mayor parte de los ejércitos, sobre todo de los bárbaros, era reducir su táctica de batalla a lanzar un fuerte y masivo choque frontal de su infantería contra el enemigo. En esta operación concentraban toda su fuerza y esperanza de victoria, esperando destruir la formación de su oponente, con lo cual el triunfo sería suyo; sin embargo, de no hacerlo, la derrota también era segura, porque no tenían previsto cómo reagruparse o recuperarse para seguir combatiendo (Maquiavelo, 2000: 82; Slavik, 2017-2018; Quesada Sanz, 2006).[18]

Los romanos, como enfatiza Maquiavelo, planteaban la formación de batalla de modo que hubiera tres líneas de infantes para entrar en combate, de manera que si la primera era vencida podía retroceder en la formación, que reservaba cierto espacio para ello, y refugiarse así en la parte trasera, mientras la segunda línea ocupaba su lugar y enfrentaba al enemigo, la cual tenía el mismo recurso, replegarse para dar paso a la tercera línea, misma que, si era también vencida, podía apoyarse en los elementos de la primera y segunda línea, que para entonces ya podían haberse recuperado y reordenado. Con esto, los romanos podían resistir batallas más largas, brindar mayor seguridad a cada una de sus líneas, y mantener el orden y la disciplina dentro de la formación (Maquiavelo, 2005: 237-241; 2000: 99; Taylor, 2014). Para Maquiavelo era tan importante esta organización, que con base en ella clasificaba a los ejércitos en tres categorías: 1) donde hay furor y orden, romanos; 2) donde hay furor, pero no orden, galos; y 3) donde no hay furor ni orden, italianos contemporáneos (Maquiavelo, 2005: 421-422).

[18] Julio César señala cómo esta táctica no sólo era limitada y previsible, sino también extremadamente agotadora (*Guerra de las Galias*, III.19; *Guerra Civil*, I.44).

Otra de las enormes virtudes del ejército romano fue que a pesar de haber iniciado sus operaciones siguiendo el modelo de las falanges griegas, que basaban su efectividad en su agrupación de líneas y filas cerradas muy compactas, evolucionaron para darle flexibilidad y maniobrabilidad a su formación estableciendo manípulos y cohortes, que podían operar tanto en conjunto con el resto del ejército, como adquirir autonomía y por lo tanto mayor movilidad, con lo cual podían hacer mucho daño a las formaciones rígidas y estáticas de sus oponentes (Livio, VIII.8; Polibio, XVIII.26-32; Armstrong, 2016: 74, 111; Taylor, 2014: 304-306; Gauthier, 2016).

Sin embargo, una de las ventajas más importantes del ejército romano fue su capacidad para incorporar, a su organización, armamento y recursos logísticos que iban observando en otros pueblos y ejércitos, lo que al final les dio una clara superioridad sobre todos ellos.[19]

En el recuento histórico de Livio, la infantería ocupa un lugar importante, ciertamente, pero también la caballería. Da cuenta de cómo el rey Tulio, el tercer rey de Roma, percibió que el ejército romano carecía de caballería y creó diez turmas, compuestas exclusivamente por albanos. Sin embargo, al parecer, no se satisfizo del todo la carencia, de modo que el rey Tarquinio, el último rey, creó tres centurias de caballería, también compuestas de extranjeros. Además, desde el principio de la república, los cónsules crearon el cargo de los decuriones de caballería, una magistratura determinante para ordenar mejor esa rama del ejército (Livio, I.30, 36; IV.38).

Livio también refiere cómo desde los tiempos de la monarquía la caballería comenzó a conseguir triunfos relevantes y a convertirse en un factor esencial para el buen desempeño integral del ejército romano. No es que Maquiavelo no viera utilidad alguna en la caballería, pues sí reconocía su contribución, pero a partir del recuento de Livio, se percibe que él le confería una gran importancia, que no representaba sólo un apéndice de la legión o un recurso

[19] Una de las incorporaciones más valiosas que los romanos hicieron del armamento de otros pueblos fue la llamada espada española, más corta, más versátil y con filo en la punta, diferente a las de muchos pueblos bárbaros, a veces muy voluminosas, pesadas e incómodas, y mucho mejor que la de los galos y britanos (Tácito, *Agrícola*, 36; Gracia, 2017: 193-225).

accesorio de la infantería, sino que también era indispensable en el accionar conjunto del ejército (Livio, I.37; III.22, 28; XXIX.2; XXXV.5).

Aun así, durante la Segunda guerra púnica se hizo evidente que la caballería romana era débil al compararse con la de Aníbal (Polibio, III.101, 117; Campbell, 2002: 48). El general cartaginés contaba con hábiles jinetes españoles, pero su fortaleza radicaba principalmente en los jinetes númidas, quizá los mejores en ese momento. Los númidas no eran los mejores guerreros en el cuerpo a cuerpo, pero sin duda eran muy buenos jinetes, al grado de que habían desarrollado la habilidad de llevar dos caballos aparejados, para saltar de uno al otro y seguir combatiendo cuando percibían que el primero de ellos estaba cansado, una práctica que refiere Livio seguramente por su novedad, espectacularidad o efectividad (Livio, XXIII.29; XXVI.4; XXVII.18; Apiano, *Aníbal*, 30).

Sin embargo, como se ha dicho, entre los miembros de la infantería la caballería no era muy estimada, pues no sólo recibían el triple de botín, sino también el triple de salario, lo cual despertaba inconformidad y rencor. Además, en un principio la caballería se formó con extranjeros, y luego con los más ricos, es decir, parecía un estrato de privilegio, una realidad que incluso el rey espartano Nabis echaba en cara a los romanos (Livio, VII.41; XXXIV.31; Dionisio, v.63 *1*; v.67 *5*; VII.59).[20]

La tecnología es otro de los aspectos a los que Livio presta gran atención, lo cual no podría decirse de Maquiavelo, quien, sin ignorarla, no parece haberla considerado un factor tan importante en el éxito de los romanos. Livio refiere con detalle y pormenores muchos recursos tecnológicos a los que vale la pena prestar atención. Por ejemplo, da cuenta de la relevancia de los soldados que realizaban el lanzamiento de armas arrojadizas, algunos de los cuales desempeñaban esta función como parte de su actividad integral en la batalla, y otros

[20] El mismo Maquiavelo, cuando se ocupó de constituir a la milicia florentina en 1506, comenzó por reclutar a la infantería del campo, planteando que reclutaría a la caballería de la ciudad, de lo cual no brinda una razón específica, aun cuando la lógica y la estructura productiva y socioterritorial de Italia en esa época haría suponer que encontraría mejores jinetes en el campo (Maquiavelo, 2013: 164-196).

la realizaban de manera exclusiva, es decir, sin participar de otra manera en el combate (Slavik, 2017-2018; Zhmodikof, 2000; Quesada Sanz, 2006: 16). Así, Livio menciona la existencia y contribución de las aparentemente elementales hondas de los baleares y los acayos, en específico de los de Egio, Patras y Dime (xxviii.37; xxxviii.29),[21] hasta las más sofisticadas armas arrojadizas creadas los mismos romanos y otros pueblos, como la falarica, los soliferros, los esparos o el cetro feudón, dando cuenta de cómo este recurso bélico no se limitaba a los arcos y jabalinas, carentes de sofisticación o ingenio, los cuales también evolucionaron notablemente (Livio, xxi.8; xxxiv.15; xlii.65).[22]

La importancia de la tecnología en la actividad militar romana es muy significativa porque revela cómo el valor de los soldados, su férrea disciplina y su consistente entrenamiento no son los únicos factores a considerar para entender su gran efectividad, pues detrás de ello están también todas estas innovaciones y mejoras que establecieron una clara diferencia en los encuentros contra otros ejércitos, en particular frente a los llamados bárbaros. Incluso,

21 A pesar de que el dominio de la técnica del lanzamiento con onda podía dar un cierto grado de efectividad ofensiva, era un arma tan elemental que desde los tiempos de Ciro se le consideraba típica de pueblos o individuos procaces o indignos. Jenofonte cuenta que Ciro hacía precisamente esto; para humillar y castigar a un ejército o batallón le imponía valerse tan solo de las ondas (Jenofonte, *Ciropedia*, vii.4). De hecho, los hoplitas griegos veían con desprecio las armas arrojadizas, las consideraban innobles, ya que no permitían el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, donde los soldados demostraban realmente su valor y habilidades (Hanson, 2020: 28).

22 Polibio describe cómo los romanos alcanzaron tal desarrollo tecnológico que diseñaron el escudo de la infantería de manera que les sirviera como arma ofensiva y también como una especie de canasto o mochila para llevar ahí sus cosas personales, lo cual contrastaba con los frágiles, incómodos o desmesurados escudos de los bárbaros. Más aún, a partir de una meticulosa observación, compara las técnicas de los griegos y de los romanos para hacer una, aparentemente sencilla, empalizada, señalando cómo los romanos elegían un tipo de estacas específico y porqué era mejor que el griego (Polibio, xviii.18; Livio, ix.40, xxxviii.17; Tácito, *Anales*, ii.21, iii.43; Anders, 2015: 270).

hacia el final de la república y principios del imperio, el soldado romano era, además, diseñador, ingeniero y operador de maquinaria pesada.[23]

Tal vez el producto de la tecnología más determinante en la práctica romana de la guerra fueron las máquinas de asedio. Como dice Maquiavelo, los asedios son tardados y costosos, y los romanos trataron de evitarlos, cuando era posible, pero cuando eran necesarios, tuvieron a su disposición numerosas y sofisticadas máquinas para este fin. Además, si bien Maquiavelo consideraba que la organización y arte de la guerra apuntaban esencialmente al mejor desempeño del ejército el día de la batalla decisiva, en el recuento de Livio se observa que, ciertamente, los romanos decidieron muchas guerras con batallas campales, pero también resolvieron por medio del asedio, la devastación o una aparente y simple estratagema.[24]

Además, las máquinas de asedio y la organización militar, puesta en práctica en estas circunstancias, dan cuenta no sólo de este notable desarrollo tecnológico, sino también de lo que podríamos llamar un consistente desarrollo político, pues la financiación y construcción de esta maquinaria sólo está al alcance de un organismo político bien organizado y maduro, un Estado con la capacidad de financiar empresas bélicas de semejantes proporciones (Armstrong, 2016: 184; Le Bohec, 2013: 145; Levithan, 2013: 63; Harmand, 1986: 141).

[23] Julio César describe de una manera trágica o cómica, dependiendo de la perspectiva, la ignorancia de los pueblos bárbaros sobre la tecnología de guerra que poseían los romanos. Refiere cómo, en la tarea de sitiar a los atuatucos, los romanos construyeron a la distancia una torre de asedio, de la cual se burlaban los defensores contemplándola tan lejos de sus muros, ignorando que poseía ruedas, pero al irla acercando a su posición se aterrorizaron y entregaron la ciudad sin condiciones, con la seguridad de que los romanos tenían la asistencia divina (*Guerra de las Galias*, II.30-31, IV.25; Tácito, *Anales*, XII.45; Quesada Sanz, 2006: 26).

[24] No obstante, Polibio observaba que "las guerras que se libran en Grecia y en Asia las más de las veces se deciden en una sola batalla, raramente en una segunda, y las batallas mismas, las resuelve el choque inicial en la primera arremetida" (XXXV.1).

CONCLUSIONES

Tito Livio es uno de los historiadores romanos menos propensos a los juicios de valor, la exégesis, o el análisis político y social, aunque no está exento de hacerlo. Sin duda, otros historiadores de la época como Tácito, Polibio o Plutarco realizan sus recuentos históricos o biográficos agregando sus opiniones e interpretaciones, con ellos sería mucho más sencillo o simétrico realizar una comparación como la desarrollada aquí. Sin embargo, Maquiavelo toma como base a Livio para nutrir y elaborar sus ideas sobre el gobierno de una república y sobre la guerra, ambas de enorme trascendencia en el mundo moderno.

No obstante, la interpretación que ha hecho Maquiavelo de la historia de Roma no se ciñe del todo al sentido o el recuento de Livio. Así, de todo el análisis hecho en este artículo, vale la pena resaltar cuatro discrepancias que se presentan como conclusión.

En primer lugar, la versión que ofrece Maquiavelo del soldado romano tiende a idealizarlo, lo presenta como un ciudadano-soldado consciente de su función y comprometido con su patria. En este sentido, si bien su espíritu de lucha estaba animado en alguna medida por defender la libertad exterior de su ciudad, por otro lado, al interior de ella, se veía sometido a condiciones socioeconómicas bastante precarias y restricciones políticas muy considerables, por ello, difícilmente podría decirse que disfrutaba de un modo de vida pleno y libre. Con frecuencia, sus motivaciones para ir a la guerra obedecían más a la búsqueda de botín, salario o incluso a la satisfacción de costumbres desordenadas y pendencieras. Algo similar ocurría con las élites, que frecuentemente solo veían en la guerra una oportunidad de enriquecimiento, admiración social o ascenso político.

En segundo lugar, las legiones romanas contaron desde un principio con un destacamento de caballería pequeño, aproximadamente el diez por ciento del total de infantería, pero apropiado y eficiente para contribuir de manera significativa en las batallas. Así pues, la infravaloración en la que incurre Maquiavelo al ponderar la utilidad de la caballería romana parece estar más relacionada con su propia circunstancia histórica, pues durante casi toda la Edad Media la caballería había sido la rama casi exclusiva y protagónica del ejército, tal vez más por motivos sociales que militares, evidenciando sus limitaciones tácticas de manera continua. Sumado a ello, en los dos o tres siglos precedentes a Maquiavelo, la mayor parte de los Estados italianos recurrieron a mercenarios, quienes se valían esencialmente de la caballería y con frecuencia

demostraron ser poco confiables y rentables, por lo que tendía a rechazar y descalificar todo lo relacionado con este tipo de soldados.

En tercer lugar, referente a la organización y sistematización de las finanzas del Estado, en particular al gasto militar, Roma dio un paso adelante muy significativo respecto de otros Estados e imperios de la antigüedad. Este avance se dio en un marco de una gran especialización doméstica e imperial, basado en toda una estructura de magistraturas e instancias públicas para llevar a cabo dicha tarea, constituida por ediles, tribunos, pretores, publicanos, gobernadores, legados y otros magistrados, lo cual redundó ciertamente en el enriquecimiento de la ciudad y luego del imperio. Sin embargo, Roma no encontró una solución definitiva y consistente a los problemas del financiamiento público de la guerra, como Maquiavelo lo presenta, ya que, desde los tiempos de la república, y todavía más durante el imperio, ésta resultó una fuente de problemas serios y persistentes.

Finalmente, en cuarto lugar, si algo caracterizó al ejército romano no sólo fue su gran disciplina, organización y entrenamiento, sino también el impresionante desarrollo tecnológico que alcanzó. Maquiavelo no presta mucha atención a esto, lo cual habría resultado mucho más realista y revelador, en particular al vincularlo con el desarrollo político y la organización especializada del Estado que llevó a Roma a convertirse en un imperio colosal.

BIBLIOGRAFÍA

Ancona, Clemente (1973), "Milizie e condottieri", en VVAA, *Storia d'Italia*, vol. I, Torino, Einaudi, pp. 646-669.

Anders, Adam O. (2015), "The 'Face of Roman skirmish'", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, vol. 64, núm. 3, pp. 263-300.

Apiano (2006), *Guerras ibéricas/Aníbal*, Madrid, Alianza Editorial.

Armstrong, Jeremy (2016), *War and Society in Early Rome. From Warlord to Generals*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ayton, Andrew (2005), "Armas, armaduras y caballos", en Maurice Keen (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, Madrid, Océano, pp. 239-268.

Balmaceda, Catalina (2017), *Virtus Romana. Politics and Morality in the Roman Historians*, Chapell Hill, The University of North Carolina Press.

Baron, Hans (1966), *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, Princeton, Princeton University Press.

Bohec, Yann Le (2013), *El ejército romano*, Barcelona, Ariel.
Campbell, Brian (2002), *War and Society in Imperial Rome 31 BC-AD 284*, London, Routledge.
Carty, Jarrett A. (2016), "Machiavelli's art of politics: A critique of Humanism and the lessons of Rome", en Geoffrey C. Kellow y Neven Leddy (eds.), *On Civic Republicanism. Ancient Lessons for Global Politics*, Toronto, University of Toronto Press, pp. 119-135.
Clarke, Michelle T. (2013), "The virtues of Republican citizenship in Machiavelli's *Discourses on Livy*", *The Journal of Politics*, vol. 75, núm. 2, pp. 317-329.
Colish, Marcia L. (1998), "Machiavelli's *Art of War*: A reconsideration", *Renaissance Quarterly*, vol. 51, núm. 4, pp. 1151-1168.
Dionisio de Halicarnaso (1984), *Historia antigua de Roma. I-III*, Madrid, Gredos.
Ferrill, Arther (2012), *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*, Madrid, Edaf.
Filóstrato (2021), *Vida de Apolonio de Tiana*, Madrid, Alianza Editorial.
Gauthier, François (2016), "The changing composition of the Roman army in the Late Republic and the so-called 'Marian Reforms'", *Ancient History Bulletin*, vol. 30, núms. 3-4, pp. 103-116.
Gilliver, Kate (2007), "Display in Roman warfare: The appearance of armies and individual on battlefield", *War and History*, vol. 14, núm. 1, pp. 1-21.
Goldsworthy, Adrian (2012), "Julio César y el general como Estado", en Victor Hanson Davis (ed.), *El arte de la guerra en el mundo antiguo*, Barcelona, Crítica, pp. 207-229.
Gracia Alonso, Francisco (2017), *Roma, Cartago, iberos y celtiberos. Las grandes guerras de la península Ibérica*, Barcelona, Ariel.
Hanson, Victor Davis (2020), "Génesis de la infantería" y "La práctica romana de la Guerra", en Geoffrey Parker (ed.), *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, pp. 21-35 y 53-65.
Harmand, Jacques (1986), *La guerra antigüa. De Sumer a Roma*, Madrid, Edaf.
Harris, William V. (1989), *Guerra e imperialismo en la Roma republicana*, Madrid, Siglo XXI.
Jenofonte (2015), *Ciropedia*, Madrid, Gredos.
Jordanes (2009), *Origen y gestas de los godos*, Madrid, Cátedra.
Julio César (2016), *Guerra de las Galias/Guerra civil*, Madrid, Gredos.
Kapust, Daniel J. (2011), *Republicanism, Rethoric, and Roman Political Thought. Sallust, Livy, and Tacitus*, Nueva York, Cambridge University Press.

Lendon, Jon E. (2011), *Soldados y fantasmas. Mito y tradición en la antigüedad clásica*, Barcelona, Ariel.

Mallett, Michael (2009), *Mercenaries and their Masters. Warfare in Renaissance Italy*, Barsley, Pen and Sword.

Maquiavelo, Nicolás (2013), *Escritos de gobierno*, Madrid, Tecnos.

Maquiavelo, Nicolás (2010), *El príncipe*, Madrid, Alianza.

Maquiavelo, Nicolás (2009), *Historia de Florencia*, Madrid, Tecnos.

Maquiavelo, Nicolás (2005), *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza Editorial.

Maquiavelo, Nicolás (2000), *Del arte de la guerra*, Madrid, Tecnos.

McCormick, John P. (2001), "Machiavellian democracy: Controling elites with ferocius populism", *The American Political Science Review*, vol. 95, núm. 2, pp. 297-313.

Najemy, John M. (1996), "Baron's Machiavelli and Renaissance Republicanism", *The American Historical Review*, vol. 101, núm. 1, pp. 119-129.

Pedullá, Gabriele *et al*. (2021), "The political logic of conflict. A debate on *Machiavelli in Tumult* by Gabriele Pedullá", *Storica*, año xxvii, núm. 81, pp. 109-175.

Plutarco (2014), *Vidas paralelas*, Madrid, Gredos.

Pocock, John G. A. (2002), *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos.

Polibio (1982), *Historias*, Madrid, Gredos.

Quesada Sanz, Fernando (2006), "Not so different: individual fighting techniques and battle tactics of Roman and Iberian armies within the framework of warfare in the Hellenistic Age", en Paul Francois, Pierre Moret y Sandra Pére-Nogues (eds.), *L'Hellenisation en Méditerranée Occidentale au Temps des guerres puniques*, Actes du Colloque International de Toulouse, pp. 245-263.

Richardson, James H. (2014), "'First' and the historians of Rome", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, vol. 63, núm. 1, pp. 17-37.

Roth, Jonathan P. (1999), *The Logistics of Roman Army at War (264 B.C.-A.D. 235)*, Leiden, Brill.

Salustio (2016), *Conjuración de Catilina. Guerra de Yugurta. Fragmentos de las 'Historias'*, Madrid, Gredos.

Skinner, Quentin (1993), *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica.

Slavik, Jordan F. (2017-2018), "Pilum and Telum: The Roman infantryman's style of combat in the Middle Republic", *The Classical Journal*, vol. 113, núm. 2, pp. 151-171.

Southern, Pat (2007), *The Roman Army. A Social and Institutional History*, Oxford, Oxford University Press.

Tácito, Cornelio (2008), *Anales*, Madrid, Alianza Editorial.

Tácito, Cornelio (2006), *Historias*, Madrid, Cátedra.

Tácito, Cornelio (1999), *Vida de Julio Agrícola/Germania/Diálogo de los oradores*, Madrid, Akal.

Taylor, Frederick L. (2012), *The Art of War in Italy 1494-1529*, Oakpast-Leonaur.

Taylor, Michael J. (2014), "Roman Infantry Tactics in the Mid-Republic: a Reassessment", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, vol. 63, núm. 3, pp. 301-322.

Tito Livio (2000), *Historia de Roma desde su fundación*, Madrid, Gredos.

Viroli, Maurizio (2013), *Machiavelli. Filosofo della libertá*, Roma, Castelvecchi.

Zhmodikof, Alexander (2000), "Roman Republic Heavy Infantrymen in the Battle (IV-II Centuries B. C.)", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, vol. 49, núm. 1, pp. 67-78.

Roberto García Jurado: Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid. Licenciado y Maestro en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Autor de *La teoría de la democracia en Estados Unidos. Almond, Lipset, Dahl, Huntington y Rawls* (México, Siglo XXI, 2009) y de *Maquiavelo. Sociedad y política en el Renacimiento* (México, UAM-Terracota, 2022). Publicaciones recientes: "El arte de la guerra antiguo y moderno. Vegecio y Maquiavelo" (*Foro Internacional,* vol. LXIV, núm. 3, 2024); "Ciudadanía antigua y moderna. Tito Livio y Maquiavelo" (*Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 250, 2024). Área de especialización: Teoría política moderna y contemporánea.

D. R. © Roberto García Jurado, Ciudad de México, enero-junio, 2025.